

cuando me habla de penas y premios eternos; veo en ellos un motivo, un interés de infinita consecuencia: mi razón lo aprueba, y mi corazón se conmueve.... Pero ¿dónde está el cielo de la filosofía? ¿dónde está su infierno? ¿dónde la palma inmortal y corona inmarcesible que reserva para los que siguen la virtud? que nos la muestre, y entonces puede que me anime á merecerla. Pero que no pretenda seducirme con quimeras. Porque, ¿qué viene á ser ese desprecio con que me amenaza, si me dejo llevar de mis apetitos? ¿Cuál el bien verdadero que me quitará? La opinión de los demás.... y la opinión ajena ¿en qué puede perjudicar á mí ser? ¿me quitará ella acaso la salud, las riquezas, la sensación del deleite, la independencia? no. El desprecio es nada, si yo mismo le desprecio, ó no hago caso de él; y aun cuando fuese tan débil que el desprecio obrase en mí alguna impresión, ¿quién me impide el sustraerme de él, como tantos otros lo hacen, ocultando mis acciones y deleites viciosos bajo el velo espeso del misterio? Mas ocultándolos á los otros, no me los podré ocultar á mí mismo: y será necesario comprarlos á costa de remordimientos. Esto en verdad es algo más grave; sin embargo veamos aun. Quiero conceder que en los sistemas filosóficos, la conciencia no sea una preocupacion, ó que si lo es, yo no haya podido vencerla; siempre es cierto, que puesto entre un placer, ó deleite que deseo, y el remordimiento que temo, la elección del crimen ó de la virtud es un negocio de pura sensación. Si el deseo es mayor, sucumbo; y por el contrario, resistiré si el temor es mas vivo que el deseo. Ahora bien, cítenme una pasión, que no teniendo que temer mas castigo que este, se contenga solo por la simple aprension del pesar de haber violado las leyes abstractas del orden.

No, la filosofía no puede imponer al vicio mas que frenos débiles é insuficientes, así como tampoco puede proponer mas que premios quiméricos á la virtud. En efecto: ¿qué es lo que me promete? Un nombre, que no estoy seguro de gozar; una vana reputacion, que el hombre prudente desprecia, y no puede aliviar un solo infortunio de la vida. Pero y aun esto, ¿quién me lo asegura? ¿quién me afianza que la virtud no atraerá por el

contrario sobre mí insultos, desprecio, odios y persecuciones? ¿Seria yo el primero que ha cogido este aciago fruto de su fidelidad en cumplir obligaciones penosas y difíciles? En este caso se me ofrece por compensacion la alegría que lleva consigo el bien obrar, y acompaña al buen testimonio de sí mismo. ¡Qué irrisión! ¡qué alegría, qué gozo el de la pobreza, de la hambre, de la sed, de las enfermedades y tormentos del cuerpo y de los dolores del alma, la alegría de las prisiones y cadalsos, y el símbolo de una miseria sin esperanza! ¡preciosa alegría! yo en verdad no encuentro cosa alguna con que comparar esta alegría extraña, sino es con aquella otra que dicen nos debe hacer experimentar la estéril contemplacion del orden, que quebranta y contradice todos nuestros apetitos bajo sus leyes inflexibles. ¡Ah! ¿qué importa la hermosura de la máquina al infeliz que es despedazado y deshecho por sus ruedas?

Sin embargo estos son los mas poderosos motivos que ha podido hallar la filosofía para apartar á los hombres del crimen y moverlos á practicar la virtud. No sabiendo sobre qué principio estribar para exigir de ellos el sacrificio de sus intereses, sacrificio que constituye propiamente la virtud, le ha ocurrido sostener que la virtud no es otra cosa que este mismo interés<sup>1</sup>. Esto seria cierto

1 « Todas las cuestiones que dicen relacion á la moral tienen » siempre en nuestro corazón una solución pronta, que las pasiones » nos impiden seguir alguna vez; pero que nunca consiguen des- » truir, y la solución de todas estas cuestiones viene á terminar » siempre, con mas ó menos rodeos, á su centro ó tronco comun, á » saber, nuestro interés bien entendido, que es principio de todas las » obligaciones morales. (D'Alembert, *Eclaircissement sur les » Elém. des philos. t. 5, des Mélanges, p. 6.*) » — Me admiro ciertamente de que teniendo talento se puedan decir tan grandes necedades. ¿Cómo mi interés, que solo es relativo á mí, puede imponerme obligaciones para con los demás? No creo que se hayan unido jamás dos ideas menos conciliables. Equivaldria á decir lo que francamente habia dicho Diderot, que nuestra única obligacion es vivir contentos; á lo menos esto se comprende. Pero sea lo que se quiera de la maxima de d'Alembert, considérense sus consecuencias. Y lo primero, ¿quién sale fiador de que la generalidad de los hombres *conocerá bien* su interés, en el sentido en que este interés es el de toda la sociedad, y depende de todas las relaciones que pue-

si la práctica y cumplimiento de nuestras obligaciones nos hiciese siempre actualmente felices. Entonces los hombres, que no pueden engañarse sobre lo que sienten, serían virtuosos por la misma necesidad invencible que los obliga á desear su bien estar. Pero está muy léjos de suceder así; y la Religión, demasiado rica en verdades para necesitar jamás de la impostura, no teme advertirlo terminantemente á sus discípulos. « Si nuestras esperanzas, dice San Pablo, se limitan solamente á esta vida, somos entonces mas miserables que todos los hombres <sup>1</sup>. »

den existir entre sus miembros? ¿Cuántos conocimientos, luces y experiencia; cuántas reflexiones, qué profundidad y sagacidad de espíritu no se necesita para abrazar tantos objetos diversos, examinarlos, compararlos, y deducir en cada circunstancia reglas para conducirse debidamente en cada posición? La moral, pues, no sería sino para los filósofos, cuando mas. En efecto, pues que nuestro interés *bien entendido es el principio de todas las obligaciones morales*, no habría obligación moral alguna para los que, por cualquiera motivo, no pudiesen entender bien su interés. Si se engañasen, sería una desgracia; pero no un delito. Hay mas: el picaro que cree que robándose, conoce bien su interés, léjos de merecer un castigo es digno de elogio, pues cumple escrupulosamente su obligación, tal eual la conoce. Dirán que se engaña, y que debía raciocinar mejor. ¿Mas quién os ha dicho que puede? Además, ¿qué derecho tenéis para pretender que en lo que á él le toca particularmente deba prevalecer vuestro juicio sobre el suyo? ¿Cómo le probareis que entendéis mejor que él sus intereses? Nuestro interés, que no es mas que nuestra felicidad, ¿no depende de nuestro modo de pensar y de sentir? Vos teméis la infamia; él la desprecia. — Le mostrais la horca; pues qué, ¿á todos los ladrones los ahorcan? La probabilidad de robar impunemente es uno de los elementos de su cálculo. — Pero dando este mal ejemplo, se expone á que le imiten algun dia á costa suya; es decir, que á él tambien le roben. Sea enhorabuena: hay riesgo, y corre peligro; pero, ¿por qué ha de preferir la certeza de no ser jamás robado por falta de bienes, al peligro hipotético de perder una parte de lo que adquirió por esta via? Lo peor que le puede suceder es volver al estado en que queriais que permaneciese. Entretanto, ya ha disfrutado de algo; y como, mirando solo á la vida presente, este es su *interés bien entendido*, el robo hecho con las debidas precauciones, es evidentemente para él *una obligación moral*.

<sup>1</sup> Si in hac vitá tantum in Christo sperantes sumus, miserabiles sumus omnibus hominibus. *Ep. I ad Cor. xv, 19.*

El interés de un cristiano es ganar el Cielo aunque le sea necesario sufrir penas y trabajos en esta vida; mas el que no espera otra, no tiene mas que un interés, que es hacerse dichoso en esta por cualquier medio que sea. ¿Y qué felicidad mas extraña, ni mas quimérica podría proponerse al hombre, que combatir y contrariar incesantemente sus deseos, sus inclinaciones, hasta las necesidades mismas de la naturaleza; y sacrificarse en toda ocasion por la felicidad ajena, sin esperanza alguna de recompensa? ¡Qué! ¿es interés del pobre verse privado de lo necesario, cuando puede apoderarse de una parte de lo que sobra al rico? — Le ahorcarán si roba. — Lo entiendo, y es decir que el interés de vivir debe prevalecer al interés de saciar el hambre. Sea así; pero si el pobre se cree seguro de evitar el suplicio, el segundo interés, siendo ya solo, determinaría una obligación contraria, le obligaría á robar. Quitad el verdugo y se mudó la moral; él es el padre de todas las virtudes. Sin embargo, por mas que se haga, este poderoso moralista no podrá alcanzar á todo. La mayor parte de los vicios que arruinan sordamente la sociedad, ó que turban su armonía; la avaricia, el egoismo, la ingrátitud, la dureza de corazón, la invidia, el odio, la calumnia, el libertinaje, no son de su jurisdicción. No pondrá á cubierto de seducción á vuestra hija ni á vuestra esposa. Ahora bien, si en el ardor de una violenta pasión, el hombre es dueño de complacerla en secreto, y con la certeza ó seguridad de no ser jamás descubierto; ¿me podéis persuadir que es mi interés propio el que me manda repeler obstinadamente el deleite que se me ofrece? ¿será tambien mi interés el que me hará renunciar á mis hábitos y costumbres, á mis comodidades, bienes, patria, familia, á todo lo que mas amo por la utilidad de mis semejantes, ó del estado á que pertenezco? Hasta ahora, á lo menos que yo sepa, no se ha echado de ver, que en semejantes casos las virtudes de los incrédulos, comparadas con las de los Cristianos, hayan tenido un carácter tan relevante de superioridad, que acrediten mucho el principio del interés personal. Ni ¿cómo es posible encontrar en este interés la razon del mayor sacrificio que la sociedad puede pedir á sus miembros, y que el hombre pueda hacer al hombre

el sacrificio de su existencia misma? Todos nuestros presentes intereses se comprenden en el supremo de todos ellos, que es la vida. El que la da, nada se reserva, ni aun la esperanza. Antes pues de aspirar á la virtud, cuyo último grado es este sacrificio, busque la filosofía en el seno de la nada un interés que equivalga por sí solo á todos los otros; que nos muestre en el fondo del sepulcro, en medio de aquel polvo frio, y aquellos huesos áridos que, segun ella, nunca han de reanimarse, el precio con que ha de pagar el mayor de todos los sacrificios, el desprendimiento mas sublime.

Con sofismas no se destruye la realidad de las cosas. Por mas que se quieran confundir los intereses particulares con el interés común, siempre habrá entre ellos una oposicion superior á todos los razonamientos del mundo. En mil ocasiones y circunstancias, el interés general exigirá que yo gima y me consuma en la miseria, que gaste mis fuerzas y salud en trabajos penosos, de que otros cogarán el fruto, que sofoque mis deseos é inclinaciones y afectos; en fin, que padezca, sufra y muera: é interin no se pruebe que la miseria, los trabajos, los padecimientos y la muerte, son bienes preferibles á las riquezas, á los deleites, á la vida, siempre será falso, y evidentemente falso, que el interés particular, separado del temor de los castigos y recompensas eternas, sea la regla de las obligaciones, y el fundamento de la moral. Si se diese un país donde esta doctrina se hallase universalmente recibida, reinaria en él la mas horrible confusion en vez del orden, y seria preciso huir apresuradamente de esta tierra desventurada, donde el crimen sin remordimientos dominaria arrogantemente con el nombre de virtud.

¿Quereis dividir en bandos y parcialidades á los hombres, excitar entre ellos el odio, exaltar el egoismo, la avaricia, todas las pasiones? poned en accion el interés personal. Por el contrario ¿deseais unir los miembros de las familias y del Estado, crear una dulce concordia entre ellos, la tierna humanidad? haced que cada uno, olvidándose de sí mismo, se sienta, por decirlo así, existir en los otros, y no conozca mas interés que el interés de todos. Tal es el espíritu del Cristianismo; y desde que hay

pueblos, ninguno ha subsistido sino por la participacion mayor ó menor de este espíritu, y de las verdades en que se apoya. Su extension total en un pueblo seria la entera extension de la vida de él; así como de su perfecto desenvolvimiento resulta en las naciones la mayor fuerza de vida.

Es una inclinacion natural en el hombre sacrificarlo todo á sí mismo, porque naturalmente se prefiere á todo. Luego el principio del interés particular y el de los deberes y obligaciones son esencialmente opuestos, y la criatura que no tuviese mas regla de ellas que su interés, seria esencialmente insocial; porque en los miembros de cualquiera sociedad el desprendimiento de sí mismo es la primera condicion de la existencia de esta sociedad. Así la Religion, que es una sociedad entre Dios y el hombre, está fundada en el mutuo don ó sacrificio de Dios al hombre, y del hombre á Dios, y la sociedad humana lo está igualmente en el recíproco don ó sacrificio de un hombre á otro, ó de cada hombre á todos los hombres; y el sacrificio es de esencia de toda sociedad verdadera. La doctrina evangélica de la renuncia y abnegacion de sí mismo, tan extraña para los sentidos, no es mas que la expresion de esta verdad, ó la promulgacion de esta grande ley social. Hé aquí porque en las naciones cristianas se ve unida la idea de *renuncia ó abnegacion de sí mismo, y la de consagracion* á toda funcion pública: idea sublime, que la Religion nos ha hecho tan familiar que apenas llama ya nuestra atencion. Gozamos desdeñosamente de los beneficios del Cristianismo, como de los beneficios de la naturaleza; cuanto mas grandes, multiplicados y continuos son, menos nos admirán, y nós mueven menos.

Sin embargo, si queremos conocer la diferencia de nuestro estado social al que le ha precedido, oigamos al mismo Jesucristo; porque mas verdades hay en una sola de sus palabras, que en los discursos de todos los filósofos juntos.

Jesus, dirigiéndose á sus discípulos, les dice: « Sabeis » que los que parecen poseer el poder entre las gentes, » los dominan y se enseñorean de ellos; y sus Príncipes » tienen potestad sobre sus personas. »

Así, de una parte tenemos la apariencia, y, por decirlo así, la sombra del poder, y en realidad la dominación de la fuerza, *videntur principari..... dominantur*; y la otra la esclavitud, *potestatem habent ipsorum*; falta de autoridad, violencia ciega, sumisión tímida y servil, y nada de obediencia: hé aquí la sociedad pagana.

« Ahora pues, añade el Salvador, entre vosotros no » será así: sino que, cualquiera que quisiere ser mayor » ó elevarse sobre los demás, será vuestro siervo, y el » que quisiere ser el primero entre vosotros, será siervo » de todos: porque el Hijo del hombre no ha venido » para ser servido, sino para servir y dar su vida por la » redención de muchos<sup>1</sup>. »

Aquí todo se muda: el poder establecido por el bien é interés de todos, se convierte en un cargo, y la obediencia en un derecho. Reinár, es servir; y el Soberano es el primer servidor de los pueblos<sup>2</sup>; cuanto es mas grande que los demás, tanto tiene de mas laborioso su ministerio; y mientras que no hay un miembro solo de la sociedad que no tenga el derecho de ser *servido*, solo él, despojado del privilegio de la obediencia, y sacrificándose como el Hijo del hombre por la felicidad de los hombres, vive en medio de la libertad general, esclavo del orden y de la felicidad pública. Hé aquí la sociedad cristiana.

El espíritu de sacrificio ó de amor, combate y pelea en ella sin descanso, y con un éxito proporcionado al grado de fe, contra el principio desastroso del interés

<sup>1</sup> *Jesus autem vocans eos, ait illis: scitis quia hi qui videntur principari gentibus, dominantur eis; et principes eorum potestatem habent ipsorum. Non ita est autem in vobis, sed quicumque voluerit fieri major, erit vester minister; et quicumque voluerit in vobis primus esse, erit omnium servus. nam et Filius hominis non venit ut ministraretur ei, sed ut ministraret, et daret animam suam redemptionem pro multis. Marc. x, 42, 45.*

<sup>2</sup> Pero no en manera alguna el *mandatario* ó ministro que ellos se hayan puesto, dándole la autoridad, sino ministro de Dios, puesto por Dios, que en su nombre y con su autoridad los gobierne y sirva; es decir, mire por su bien y felicidad, aun temporal, para que pasando una vida quieta y tranquila, puedan trabajar sin embarazos y turbación por la eterna.

particular. El abandono absoluto de este interés es como el alma de nuestras instituciones religiosas y políticas; y nada hay, ni es en los Estados duradero y verdaderamente social, sino lo que descansa y se apoya sobre esta base. La abnegación de sí mismo es la primera condición de todas las grandezas cristianas. No todos los hombres saben soportar este peso. La dignidad real, imagen y fuente de todos los poderes conservadores del orden social, comienza en la desnudez del pesebre, se ejercita y crece en los trabajos, fatigas y vigiliás, recoge de paso algunas palmas, y algunas aclamaciones pasajeras, á que siguen bien pronto gritos de muerte y de maldición, las angustias y pavor del huerto, los azotes del Pretorio, y por último, agoviada bajo el peso de la Cruz, y ceñida con una corona de espinas la cabeza, va bendiciendo antes y rogando por sus verdugos á espirar sobre la montaña que corona el valle de Tophet.

Es propio de talentos escasos y genios limitados asombrarse de las debilidades de los individuos, y no pararse en las del espíritu general de las instituciones. Todo cuanto se echa en cara á la nobleza y al clero, no tiene otro principio ni fundamento. Pero muéstrannos en la antigüedad una cosa que sea comparable á esa consagración hereditaria de ciertas familias, y de ciertas clases de ciudadanos al servicio de la sociedad, en las elevadas funciones del sacerdocio, de la magistratura, de la milicia ó de las armas; consagración tan completa, sacrificio tan perfecto del hombre á su semejante, que nada exceptúa, ni el descanso, ni los gustos y satisfacciones domésticas, ni la hacienda, ni la vida. ¿Se quiere por un solo hecho juzgar de la variación que en este punto ha obrado la Religión en las ideas? El austero Bruto desangraba á mano armada con usuras horribles las provincias sin que su reputación padeciese en lo mas mínimo. Entre nosotros, cualquiera hombre público que en nuestros días se hubiera dejado dominar por el vil interés personal, habria cargado con la execración pública, y se veria despreciado como el mas miserable de los hombres.

Hemos visto á la filosofía, que ha sucedido al Cristianismo, introducir en la sociedad toda especie de desórdenes y delitos, y nadie se ha sorprendido, porque nada

es mas fácil, ni mas fácilmente se concibe que el tránsito del bien al mal, ó sea la depravacion del corazón humano; porque esta es la propension de la naturaleza. Diez y ocho siglos antes de esta época, el Cristianismo, que vino despues de la filosofía, habia introducido en la sociedad todas las virtudes, y nunca jamás un prodigio tan singular habia asombrado la tierra; porque el paso del mal al bien, el esfuerzo con que los pueblos se eleyan desde el seno de la disolucion y de una anarquía universal á la perfeccion del orden, es visiblemente superior á la naturaleza. Así es que los paganos al pronto nada pudieron comprender de la moral cristiana. Contemplaban sorprendidos y casi escandalizados, aquel sublime desinterés, aquella union perfecta y caridad compasiva, aquella suave severidad de costumbres, que contrastaban tan extraordinariamente con sus propios vicios. La virtud era para ellos como un misterio pavoroso. Una inquietud interior los enagenaba de los discípulos de Jesucristo, de aquella sociedad naciente, de que la Escritura nos da en pocas palabras una idea tan maravillosa. «La multitud de los creyentes no tenia mas que un corazón y una alma: ninguno llamaba suyo lo que poseia, sino que todo era comun entre ellos<sup>1</sup>.» El mundo absorto y pasmado de un espectáculo semejante, se sobresaltó; y en su inquietud, no pudiendo la razon, destituida de la fe, elevarse á tanta altura; los hombres, que no conocian otro móvil de las acciones humanas que el interés, se vieron precisados á imputar á los cristianos crímenes y delitos secretos, para poder concebir y explicar sus virtudes públicas. Y en parte, para refutar estas acusaciones indignas, é indicar á los paganos la fuente y origen de las virtudes que calumniaban, publicó Tertuliano su admirable Apologético.

«¡O Jueces, les decia, que presidís diariamente en los tribunales para juzgar á los reos, á vuestros mismos procesos apelamos: decidnos, ¿qué cristiano está inculpado como ladrón, asesino, sacrilego, ó seductor de

<sup>1</sup> Multitudinis autem credentium erat cor unum, et anima una; nec quisquam eorum quæ possidebat aliquid, suum esse dicebat, sed erant illis omnia communia. Act. iv, 32.

» la inocencia en vuestros registros? ó si cuando os presentaron algun cristiano preso, ¿os lo entregaron como culpable de alguno de estos delitos? no, no: de los vuestros hierven las cárceles, y las minas; de los vuestros se engordan las fieras; y entre los vuestros es donde los empresarios de asesinatos reclutan incesantemente esas cuadrillas ó manadas de malhechores destinados á vuestros juegos. Allí no se halla ningun cristiano sino puramente porque lo es; si entró por otro delito, dejó en el mismo hecho de serlo bueno.

» ¿Con qué vosotros solos, nos direis, sois los inocentes? ¿Qué os admira, si es para nosotros de necesidad el serlo? Sí, esta ilacion es entre nosotros necesaria. Enseñados por Dios, conocemos perfectamente la virtud como revelada por tan perfecto maestro; y con toda fidelidad la guardamos, porque lo manda así, y porque tiene continuamente puestos los ojos en nuestras acciones el inexorable juez. Vosotros la aprendeis únicamente de los hombres, y un hombre es el que os la manda cumplir. No podeis pues ni conocerla tan perfectamente como nosotros, ni tan perfectamente practicarla: os falta todo, la plenitud de la verdad, y la formidable sancion que impone la obligacion de su observancia; por consiguiente ni la enseñanza puede ser llena, ni la trasgresion cumplidamente temida.

» ¿Qué prudencia y sabiduria es la del hombre para mostrarnos sin equivocarse lo que es verdaderamente bueno? ¿Ni cuál tampoco su autoridad para mandarlo, y obligar á que se guarde? tan fácilmente se engaña la una, como se desprecia la otra.

» Y en efecto, ¿cuál ley es mas cumplida, mas llena de perfeccion y de inocencia; la que dice no matarás, ó la que prohíbe hasta el encolerizarse y enojarse? ¿Qué es mas perfecto: prohibir el adulterio, ó refrenar hasta una simple concupiscencia de los ojos? ¿prohibir las obras malas, ó prescribir que ni aun se digan malas palabras? ¿mandar no hacer injurias, ó impedir aun el repelerlas y vengarlas? Sabed más; que eso poco de virtud que aparece en vuestras leyes no nació de vuestra prudencia; lo copiaron de una ley aun mas antigua, de la ley divina.

» Pero en fin; ¿qué es en sustancia, ni cuánta la au-  
 » toridad de las leyes humanas, pues que el hombre la  
 » elude ocultando sus delitos, ó la arrostra voluntaria-  
 » mente, ó por necesidad? Considerad por otra parte la  
 » brevedad del castigo, que por mas grande que sea, se  
 » acaba con la muerte.... Pero nosotros, que sabemos  
 » hemos de ser juzgados por un Dios que todo lo ve,  
 » hasta los mas ocultos secretos del pecho, y siempre  
 » nos está mirando, y que antevemos que la pena con  
 » que castiga es eterna; no tenemos otro refugio, sino  
 » acudir á la inocencia de la vida; abrazamos la virtud,  
 » porque la conocemos perfectamente, y porque no hay  
 » sombras, ni lugar por retirado que sea, donde podamos  
 » ocultarle el delito, y tambien porque el castigo con que  
 » amenaza no solo es largo, sino eterno: tememos, en  
 » una palabra, no al juez que juzga á los que temen  
 » á Dios, sino á su juez mismo; á Dios, no al Procón-  
 » sul<sup>1</sup>. »

Si la filosofía conoce otros motivos mas poderosos, que los indique. Si no los halla, retirese y deje á la Religión reinar pacíficamente en la sociedad, en la cual sola ella establece y mantiene el orden. Diga el orgullo lo que quiera, es muy flaca la mano del hombre para sostener el cetro del mundo moral. Nunca jamás, ni á la voz de la razón, ni bajo el imperio de las leyes humanas, se vieron nacer virtudes semejantes á las que nos pinta Tertuliano en el siguiente cuadro.

« Oramos el bien sin acepcion de personas, porque le  
 » obramos por nosotros mismos, sin esperar recompensa  
 » de los hombres, cuyas alabanzas y gratitud no atende-  
 » mos, sino de Dios que nos manda amemos á todos uni-  
 » versalmente. Toda accion, y palabra que pueda perju-  
 » dicar á otro hasta el deseo y simple pensamiento del  
 » mal, nos esta igualmente prohibido. ¿A quién pueden  
 » aborrecer los que deben amar á sus enemigos? Si ni  
 » aun tomar venganza debemos de los que nos ofenden,  
 » porque esto seria hacernos igualmente culpables que  
 » ellos, ¿á quién podríamos ofender?..... Sed vosotros  
 » mismos los jueces. ¿Cuántas veces os ensangrentais

<sup>1</sup> Tertul. *apolog. adv. Gent. c. 45.*

» contra los cristianos, ó por seguir vuestra inclinacion  
 » feroz y cruel, ó con pretexto de dar cumplimiento á  
 » las leyes? ¿Cuántas veces el populacho enemigo, sin  
 » aguardar siquiera vuestras órdenes, y sin mas derecho  
 » que su rabia, ha incendiado nuestras casas, y nós ha  
 » abrumado con piedras? En el furor de las bacanales,  
 » ni aun se ha perdonado á los muertos, arrancándolos  
 » de los sepulcros donde reposaban, arrebatándolos del  
 » asilo sagrado de la muerte, aunque deshechos por la  
 » putrefaccion, se les ultraja, mutila, despedaza, arrastra  
 » y dispersan sus restos.... ¿Y qué? ¿en tan inhumanos  
 » tratamientos se nós ha visto usar jamás de represalias  
 » contra ese odio frenético y furioso que nos perseguia  
 » aun mas allá de la muerte? Una sola noche, y algunas  
 » teas encendidas bastarian para tomar una completa  
 » venganza, abrasando la ciudad, si fuera lícito al cris-  
 » tiano pagar un agravio con otro. Pero no plegue á Dios  
 » que nosotros recurramos á medios humanos para ven-  
 » gar de sus enemigos una Religión divina, ni que ella  
 » se aflija de verse probada por toda clase de tormentos.  
 » Indiferentes á la gloria y á los honores, vuestras  
 » asambleas públicas no tienen para nosotros atractivo  
 » alguno. Renunciamos á vuestros espectáculos, á causa  
 » de su origen supersticioso. Nada comun, ni que se le  
 » parezca tenemos con las extravagancias del circo, con  
 » las obscenidades del teatro, la barbarie y atrocidades  
 » de la arena, ni con la futilidad de los gimnasios. No for-  
 » mamos mas que un cuerpo, unido por los vínculos  
 » de una misma fe, una misma disciplina, una  
 » misma esperanza. Nos juntamos en una congrega-  
 » cion; pero es para hacer, como de comun, una santa  
 » violencia á Dios con nuestras oraciones. Esta violencia  
 » le es sumamente agradable. Allí rogamos por los Em-  
 » peradores, por sus ministros, por todas las potestades,  
 » por el estado presente del mundo, por la paz y por la  
 » retardacion del fin del universo. Nos reunimos para  
 » leer las Escrituras, y segun las circunstancias, se dan  
 » las luces y advertencias de que tenemos necesidad.  
 » Esta palabra divina alimenta nuestra fe, anima nuestra  
 » esperanza, arraiga la confianza, y estrecha los vínculos  
 » de la disciplina inculcando los preceptos.

» Presiden Presbíteros ancianos, que alcanzaron esta  
 » honra no por dinero, sino por el testimonio de sus vir-  
 » tudes, que aquí el honor no se compra sino con cos-  
 » tumbres. El dinero no influye en nada en las cosas de  
 » Dios. Si se halla una especie de tesoro, su origen es  
 » muy puro, y no tenemos que avergonzarnos de haber  
 » vendido la Religión. Cada uno da una monedilla al mes,  
 » ó cuando quiere, y de la manera que quiere, ó puede;  
 » sin que á nadie se obligue, pues las ofrendas son ente-  
 » ramente voluntarias. Es como un depósito de piedad,  
 » del que no se saca para disiparlo en banquetes y gloto-  
 » nerías desordenadas, sino para sustentar los pobres,  
 » enterrar los cuerpos de los indigentes, alimentar niños  
 » y niñas huérfanos, sostener domésticos encorvados de  
 » la vejez, aliviar desgraciados que padecieron naufra-  
 » gio; y si por la causa de Dios hay cristianos condena-  
 » dos á las minas, ó presos en las cárceles, ó desterra-  
 » dos á las islas, la Religión abre sus maternales entrañas  
 » en favor de los que la han confesado.

» Sin embargo, á pesar de esto, aun hay quien nos  
 » censure estas obras de caridad. *Ved*, dicen, *como se*  
 » *aman*: como nuestros enemigos se aborrecen recípro-  
 » camente, se admiran de nuestro modo de obrar: *mi-*  
 » *rad como están prontos á morir unos por otros*; ¡ah!  
 » ellos lo están para degollarse mutuamente. Nos calum-  
 » nian y difaman hasta por el nombre de hermanos con  
 » que nos tratamos; porque entre ellos, y creo es la úni-  
 » ca razon, todos los nombres de parentesco son, no de-  
 » mostraciones de amor, sino voces de cumplimientos afec-  
 » tados. Hermanos vuestros somos tambien nosotros por  
 » derecho de la naturaleza, que es madre comun de to-  
 » dos los hombres; aunque vosotros no pareceis herma-  
 » nos de hombres, siendo como sois hombres sin huma-  
 » nidad. ¿Cuánto mas dignamente se llaman y son her-  
 » manos aquellos que reconocen por padre á un mismo  
 » Dios; que bebieron un mismo espíritu de santidad; que  
 » esperan una misma herencia; y que habiendo salido  
 » del seno de una misma ignorancia, han contemplado  
 » enajenados y llenos de un justo pavor, la luz de la ver-  
 » dad? Pero acaso se tenga nuestra fraternidad por ile-  
 » gítima, porque no ha dado ocasion aun á que resuenen

» los teatros con trágicas escenas, ó porque la hacienda  
 » que entre vosotros deshace la hermandad, entre nos-  
 » otros la establece y corrobora. Mas cuando los senti-  
 » mientos y los corazones están unidos, ¿como podian  
 » los bienes estar separados? Excepto las mujeres, todo  
 » lo demás es comun entre nosotros. La única cosa que  
 » nos reservamos como propia y peculiar, es la sola que  
 » los otros hombres miran y tienen como comun; pues  
 » hacen entre sí un como cambio y permuta de los dere-  
 » chos que les da el matrimonio, á ejemplo sin duda de  
 » sus sabios, Sócrates entre los Griegos, y un Caton en-  
 » tre los Romanos, que brindaban con sus mujeres á su-  
 » amigos, para tener en ellas hijos de quienes no se re-  
 » conociesen por padres. No puedo decir si era con re-  
 » pugnanza de ellas: pero ¿qué estimacion podian ha-  
 » cer de la fidelidad conyugal unas mujeres que á cada  
 » paso se veían entregadas á otros hombres por sus ma-  
 » ridos mismos? ¿Qué ejemplo tan maravilloso de la sa-  
 » biduria de Atenas, y de la gravedad romana! ¿un filó-  
 » sofo, y un censor ministros é instrumentos de prosti-  
 » tucion<sup>1</sup>!»

Tertuliano al pintar como hemos visto las virtudes cris-  
 tianas, tan sublimes, tan humildes, tan puras y tiernas  
 apela á cada instante al testimonio de los mismos paga-  
 nos. Los provoca intrépidamente, y desafia á que le  
 desmientan; si afirma alguna cosa que no esté pública-  
 mente averiguada<sup>2</sup>. En nuestros mismos dias, la filoso-

<sup>1</sup> *Apolog. adv. Gent.* 36, 37, 38, 39.

<sup>2</sup> La idea que tenían los gentiles de la pureza de las costumbres cristianas forma una contraposicion singular con la depravacion de las suyas en las actas del martirio de Santa Afra, que fué quemada viva el año de 304 en Aushourg, en la Rhetia, durante la persecucion de Diocleciano. El juez llamado Gayo, sabedor de que Afra habia vivido hasta entonces desordenadamente, le dijo: « Sacrifica á los dioses; vale mas vivir que morir entre los tormentos. — Afra. He sido una gran pecadora antes de conoger á Dios, y no añadiré nuevos crímenes á los que tuve la desgracia de cometer, haciendo lo que exiges de mí. — Gayo. Vé al templo, y sacrifica. — Afra. Jesucristo es mi Dios, y siempre le tengo delante de mis ojos. Sin cesar le confieso mis pecados; y porque soy indigna de ofrecerle un sacrificio (*Los pecadores, durante la penitencia ca-*